

Anna Catharina Hofmann, *Una modernidad autoritaria. El desarrollismo en la España de Franco (1956-1973)*, Valencia, Universitat de València, 2023, 481 págs., pról. de Juan Pan Montojo.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/1gzb9b50>

Este libro de una entregada, convencida hispanista, procedente de un ámbito cultural, lingüístico, del que quizás nos llega un menor influjo que de otros como el francés, el británico o el italiano no es, como subraya Juan Pan Montojo en su prólogo, una biografía de Laureano López Rodó (aunque la autora maneja información suficiente y conoce muy bien al personaje como para haber enfocado su obra por esa vía) sino un estudio en el que si bien la economía –y un determinado modo de concebirla- asume un papel central, no es un libro de historia económica al uso (aunque pueda clasificarse así), sino más bien de historia *tout court* con el que Hofmann busca hacernos entender mejor una época y un régimen político, el franquista que creyó asegurarse su supervivencia apostando fuerte a la carta del desarrollo económico creyendo de esa manera ganar una nueva legitimación más aséptica, que podía venderse como «apolítica» y homologable internacionalmente, reemplazando o superponiéndose a la obtenida de la victoria sobre la República, sobre los rojos, en la Guerra Civil. Tanto de cara a la opinión europea, como a la interna, gracias a los esfuerzos del régimen para dejar en sordina –así, toda la campaña de los «XXV años de paz», la victoria, la guerra, aunque sin llegar a negarla pues era su esencia.

Pero más aún, como anuncia en su introducción, por medio de su «reinvención» como *developmental state* que no cabría reducir a un cambio en la política económica (a partir del Plan de Estabilización de 1959), por importante que fuera, sino que consistió en toda una estrategia política cuyo núcleo fue la planificación económica, presentada como el instrumento para que España se equiparara a marchas forzadas a los países desarrollados de la Europa occidental. Como recuerda la autora, además, en la literatura reciente, conceptos como modernización o desarrollo –y subdesarrollo- sobre los que se teorizó tanto en la larga posguerra mundial resultan inseparables de la voluntad de impulsar una acción política global y son más inteligibles teniendo en cuenta la interacción entre agentes nacionales e internacionales y

el modo como los primeros entendieron, hicieron suyos tales conceptos. Es muy conveniente, por tanto, y esto tendría mucho que ver con el caso español o, más en general, de la Europa del Sur, tener en cuenta la *agency* local.

Ello no significa que la política desarrollista franquista haya sido especialmente atendida por los estudiosos de los cambios socioeconómicos en la España de los años 1960 (con tendencia a minusvalorarla), tampoco sus impulsores, empezando por López Rodó, objeto solo de alguna biografía de carácter apologético, obviando, en una y otra faceta otras dimensiones y objetivos de dicha política. Y eso que, según afirma la autora, «solo el análisis empírico de este central proyecto político de futuro permitirá explicar la duración, estabilidad y relativamente amplia aceptación social del régimen franquista, asombrosamente larga y a la vez tener presentes aquellos procesos políticos y sociales que contribuyeron a su paulatina deslegitimación». Y explicar, en este sentido, cómo este proyecto de legitimación de la dictadura por la vía del éxito económico sentaría las bases para su erosión final.

López Rodó y su equipo trataron, por tanto, de *reinventar* al régimen franquista para hacer de él una dictadura desarrollista europea (recurriendo Hofmann para esa caracterización al concepto de «developmental dictatorship» anticomunista aplicado a las dictaduras asiáticas e iberoamericanas surgidas durante la Guerra Fría), si bien, en el caso español –y en otros- no bastaría para explicar su recepción retrotraerse al bagaje científico norteamericano en ciencias sociales, sino que es preciso traer a colación también la entrada de principios administrativistas (la especialidad de López Rodó, que era catedrático de esa materia). De ese modo, el conocimiento experto puesto a su disposición por las organizaciones internacionales (con las que él y su equipo se esforzaron siempre por estar muy bien conectados) iba a ser aplicado por estos responsables de la línea económica gubernamental a su acción política y, lo emplearon simbólicamente para darle una nueva aureola de prestigio a la dictadura –como moderna, eficaz- y para reforzar la confianza en la capacidad de expansión de la economía española. Ese recurso a la «ciencia» de los planificadores españoles para dar una mayor legitimidad a sus propuestas, a sus planes, es otro asunto sobre el que la autora busca profundizar, en concreto, sobre la llamada «cientificación» de la política a través del encaje de expertos económicos en los procesos de decisión política. Y trasladándose a su objeto de estudio, se pregunta de qué modo concebía López Rodó la dicotomía entre política y una ciencia presuntamente exenta de ideología.

También, o por ello, y desde un concepto ampliado de lo que sería la «política» (y cabría apostillar, que la economía y la historia económica),

Hofmann concede gran atención a la escenificación simbólica del poder político, a los actos de habla políticos y a las (cambiantes) semánticas de los conceptos centrales del discurso franquista. Ciertamente, los apuntes que hace a lo largo del libro, sacados de la prensa o de la documentación consultada sobre los verbos, los adjetivos, los conceptos empleados en su discurso por los jerarcas del régimen, bien fuera los del lado desarrollista o los del Movimiento y como se fueron contaminando mutuamente (así, el salto del desarrollo económico de los primeros al desarrollo político o social, por los segundos) o declinándose en los años finales en la dirección de las esencias primitivas del régimen es uno de los hallazgos mejores de esta obra. También el provecho que saca de la prensa, del humor gráfico que a partir de la relativa apertura que trajo la Ley Fraga de 1966 dio no pocos dolores de cabeza a don Laureano y a quien le amparaba, el almirante Carrero Blanco.

Esto último conecta con otra línea de investigación que, aunque centrada en los regímenes del socialismo real surgidos a partir de 1945 se interrogan o, más bien, cuestionan la supuesta inexistencia de «opinión pública», un interrogante que sería trasladable a otro tipo de regímenes autoritarios, como es el caso del franquista. Un asunto que se relaciona con su tema de estudio por cuanto, a medida que nos adentramos en los años sesenta, desde el llamado, exageradamente, «parlamento de papel» o por parte de los procuradores familiares se sometió a una crítica creciente la política de planificación del desarrollo, preguntándose la autora por la medida en que la aparición de estos nuevos factores y su incidencia en la esfera pública (variando los límites de la comunicación política) contribuyó a una deslegitimación de la dictadura.

Un alejamiento significativo de cómo la historia económica suele dividir el largo curso seguido por el régimen franquista, situando en 1959 el gozne que separaría dos grandes etapas (autarquía y crecimiento económico acelerado en un contexto de liberalización) es que Hofmann prefiere situar el inicio de su argumentación en 1956, con la grave crisis económica que facilitó la llegada y ascenso vertiginoso al peldaño alto de la jerarquía franquista de López Rodó quien propugnaba, en un momento complicado para la dictadura (la ola de frío polar de aquel invierno que hizo que se perdiera la cosecha de cítricos, principal fuente de divisas entonces; disturbios estudiantiles en Madrid en febrero que preocuparon especialmente a la élite franquista, remodelación del gobierno) su conversión en una «máquina administrativa y desarrollista» que facilitara una re legitimación en un contexto en que el mapa del totalitarismo en Europa occidental se había achicado notablemente y en que la situación de atraso social y material de España contrastaba con el

auge de los países de su entorno. Las cosas empeorarían en 1957 en el terreno económico, llegándose a un punto crítico, oyéndose ya voces que abogaban por una orientación científica de la política económica (caso de Manuel de Torres) al tiempo que la opinión pública se volvía cada vez más consciente de lo lejos que estaba España de los niveles de consumo europeos. En otro orden de cosas, los planes de José Luis Arrese de atribuir al Movimiento un papel decisivo en la institucionalización del régimen habían levantado ampollas entre otros sectores de la élite franquista, la Iglesia en especial.

No es nuestra intención seguir aquí metódicamente la argumentación utilizada por Hofmann, sino poner en resalte algunos enfoques o hallazgos que nos han parecido relevantes como la llamada de atención a la temprana adhesión juvenil de López Rodó a Falange y al golpismo de 1936, que luego el ministro recuperaría en los años finales del régimen, lo que relativiza sus diferencias de fondo con los jerarcas franquistas que más hacían gala de su adhesión al Movimiento o a la Organización Sindical. En cambio, su pertenencia al Opus Dei no desempeña en esta obra un papel demasiado determinante a la hora de explicar tanto la carrera de López Rodó, o el papel del grupo de expertos, de «tecnócratas» en los alineamientos y luchas por el poder en el tardofranquismo. Para la autora, más que la pertenencia a esta entidad religiosa, lo que habría contado en el proyecto de legitimación del estado que sustentaban él y sus colaboradores habrían sido distintas influencias entre las que destacaban, además de la disciplina americana de la *public administration* o los estrechos contactos con el *Institut International des Sciences Administratives*, el conocimiento de la obra del académico alemán, discípulo de Carl Schmitt, Ernst Forsthoff, que había reflexionado en profundidad sobre las condiciones y formas de legitimación del Estado en la era de la modernidad industrial y que postulaba que se pudiera hablar de «Estado» y «Sociedad» como si se tratara de dos esferas autónomas unidas entre sí tan solo por la «administración». Así, más que de «ciudadanos» habría que hablar de «administrados». Una importancia menor, en cambio habría desempeñado la recepción de las teorías económicas contemporáneas.

Otro aspecto interesante es cómo, siguiendo una tónica dominante entre los expertos económicos y científicos sociales el atraso español, muy evidente todavía en la España de los años 50 empezó a leerse en términos de subdesarrollo cuya superación cabría abordar aplicando los instrumentos técnicos adecuados siguiendo las pautas cuantitativas y los modelos impulsados entre otros por Simon Kuznets y Colin Clark que serían de recibo de cara a impulsar el «development», término que englobaría desarrollo económico, aumento del producto interior bruto e industrialización, y

susceptible de ser planificado, programado, reto que asumió con decisión López Rodó que, previsoramente, había logrado trasladar a Presidencia del Gobierno, de la que era ya secretario general técnico (desde 1956), la Comisión delegada de asuntos económicos, así como un nuevo organismo que se creaba, la Oficina de programación y coordinación económica. Previamente había llevado a cabo una amplia reforma administrativa, para lo que se rodeó de un valioso grupo de jóvenes expertos y economistas. Dicha reforma se plasmó a través de varias leyes que supusieron, según Hofmann la «codificación del Estado de excepción instaurado en 1939» y un paso decidido hacia la «legalización integral de la dictadura».

La reorientación a fondo de la economía española merced al conocido como Plan de Estabilización de 1959 no cree la autora que deba relacionarse con manejos oscuros de los «tecnócratas» del Opus Dei sino con la receptividad, en medios gubernamentales de las indicaciones de la OECE y el FMI, con el ambiente que reinaba en Europa donde se estaban dando pasos importantes hacia la unificación económica, con los créditos que empezaron a recibirse o por el apoyo de personalidades clave como Jacques Rueff o Per Jacobsson, director gerente del FMI. La red de contactos internacionales que López Rodó u otros colaboradores suyos había logrado establecer o lo harían en el futuro (así, con Walt Rostow), también ayudaría, pero llama la atención que no les sirvieran para valorar positivamente los sistemas democráticos, aunque sí para verificar que lo «apolítico» abría una nueva puerta de entrada al orden de la posguerra.

Otro aspecto interesante es el consenso que existió, en el seno de la élite franquista –ratificado por el discurso de Navidad de Franco, en 1959– sobre la necesidad del desarrollo y la conveniencia de elaborar un plan económico. Cosa distinta es que desde la OSE Solís quisiera recabar para ella su dirección. También Navarro Rubio, desde el Ministerio de Hacienda, si bien, frente a las ambiciones de ambos, López Rodó jugó sus cartas con gran habilidad contando con el respaldo, decisivo, de los expertos de la *economic survey mission* del Banco Mundial que llegó a Madrid en marzo de 1961. En el Informe que elaboraron recomendaban expresamente la planificación indicativa y equiparaban el próximo desarrollo español con una industrialización acelerada. Los efectos del Informe, cuya edición en español fue un «best-seller» fueron en parte responsables de la euforia desarrollista que se adueñó del país durante unos cuantos años pero que luego, a partir de la crisis de 1967, con la devaluación de la peseta- se trocaría en decepción, volviéndose en contra de los planificadores, un aspecto que la autora estudia en detalle, así como las pugnas dialécticas y por el poder que se entablaron

entre el grupo de López Rodó y quienes –desde las filas del Movimiento y la OSE propugnaban un «desarrollo social» solapado con un «desarrollo político» (que se impondría en los últimos años del régimen).

Lo cierto es que el prestigio de López Rodó y de la planificación ya al inicio del II Plan estaban muy erosionados esgrimiendo los críticos nuevos elementos de ponderación que ponían en cuestión los indicadores del crecimiento puramente cuantitativos como la renta per cápita, depurando conceptos como el *nivel de vida* o planteando interrogantes sobre la calidad del desarrollo (los *Informes FOESSA*, los artículos de economistas como Prados Arrarte o García Delgado...). A este respecto, más que las descalificaciones o condenas en bloque que podrían emitirse en las publicaciones clandestinas de la oposición al régimen, la autora concede una gran importancia a los análisis críticos aparecidos en la prensa autorizada –a pesar de las limitaciones que sufrió la proclamada «libertad de prensa»–, del llamado en la época *parlamento de papel* cuyos efectos sobre la opinión pública eran valorados con gran preocupación por los jerarcas del régimen, caso de Carrero igual que el papel censor, no obstante sus muchas restricciones, que ejercieron en las Cortes y fuera de ellas –las «Cortes trashumantes»– los 108 procuradores familiares electos al amparo de una disposición de la Ley Orgánica del Estado de 1966. A López Rodó le ponían especialmente nervioso las enmiendas de estos procuradores, pero también de otros del tercio sindical, como las de Dionisio Martín Sanz.

Con ello Hofmann nos aporta una percepción poco frecuente acerca del ambiente de preocupación, de pesimismo por el futuro que reinaba en la cúpula del régimen, del Movimiento, de los llamados tecnócratas, ya desde los últimos años 60 y son expresivos a este respecto las advertencias, los informes, las impresiones de ministros o altos funcionarios como Federico Silva Muñoz, Agustín Cotorruelo, José María López de Letona, Vicente Mörtes (así la trascendencia que este otorgaba al problema universitario del que dependería «nada menos que la continuidad del régimen») o del propio Carrero en lo referente en este último caso al alejamiento de la Iglesia católica.

Estas impresiones pesimistas aumentaron decididamente en los años inmediatos a la muerte del dictador y se evidenciaron en la ceremonia de la confusión que en torno al «desarrollo político» y a las siempre postergadas asociaciones políticas (que se regularon in extremis a finales de 1974) se tradujo en una «logomaquia indescifrable» según José María de Areilza y en el enunciado de términos abstrusos como el de «pluriformismo» o en la postulación de salidas al atolladero en que les había metido su retórica vacua, como la sonrojante de «socialismo nacional» por parte, ambas de Torcuato

Fernández Miranda. Todo ello para eludir evitar que el mentado «desarrollo político» tuviera algo que ver con la denostada «partitocracia» o supusiera un alejamiento de las esencias del régimen.

Lo que llama también la atención es la convergencia de unos y de otros, «tecnócratas» y «azules», en estos últimos años, en la defensa del régimen autoritario, sin renegar de sus componentes fascistas, y del liderazgo de Franco. López Rodó sería un buen ejemplo y la parábola que había recorrido –tanto él como su equipo más cercano– rebaja el apoliticismo, la asepsia y la modernidad con que, en los años de mayor éxito del desarrollo y de la planificación buscaron diferenciarse tanto del Movimiento como de la OSE. Nunca pusieron en cuestión, en realidad, ni el «pacto de sangre» en que se había fundamentado el régimen, ni sus principios políticos hostiles a la democracia. Aunque eso no signifique que en sus años de mayor éxito los planificadores, empezando por el propio López Rodó no hubieran estado sinceramente convencidos de que la «abolición de la política» prometía una forma de integración social y una estabilidad beneficiosas para un país dividido desde la Guerra Civil entre «vencedores» y «vencidos».

Varios comentarios se nos ocurren para terminar: insistir en el uso tan ilustrativo del lenguaje político para visualizar cómo desde los distintos sectores del régimen se fueron metiendo unos y otros en un callejón sin salida (conceptos, verbos, adverbios...) de manera que acabaron presos en un corsé semántico; el recurso, asimismo al humorismo gráfico que evidencia, mejor que los artículos de prensa, cómo el pitorreo con que humoristas como Perich, Chumy Chúmez, Máximo, entre otros, se estaban tomando las idas y venidas semánticas de los prohombres del régimen, calaba en la opinión pública. Por último, el recurso por la autora a una variedad de fuentes encomiable, empezando por el rico archivo personal de López Rodó custodiado en la Universidad de Navarra.

RAFAEL SERRANO GARCÍA

<https://orcid.org/0000-0002-5238-5606>

Universidad de Valladolid – Instituto Universitario de Historia Simancas  
[rafael.serrano@uva.es](mailto:rafael.serrano@uva.es)